

CONSULTORIO

Al entrar, Claudio nota que la sala de espera está colmada. La habitación es un rectángulo de unos seis metros por ocho, con sillas en todo el perímetro, una máquina expendedora de agua caliente en un rincón y en el centro una mesa ratona con revistas de actualidad. En el fondo del salón hay una doble puerta con vidrios repartidos y visillos de macramé.

Como casi siempre sucede cuando alguien entra en un ámbito donde hay gente esperando, los que están en el lugar miran al recién llegado como si fuese el alumno nuevo del grado. Entonces Claudio sonríe y dice el imprescindible “buenas tardes”, saludo que es respondido por la mayoría con un “buenas tardes” tan protocolar y vacío como el de él.

Junto a la doble puerta hay un mostrador con dos chicas. Una habla por teléfono en un tono de voz lo suficientemente alto como para que Claudio escuche, la chica dice *sí señor, lo entiendo, pero no tengo lugar hasta dentro de cuatro meses... señor, es que no puedo hacer ninguna excepción... no, no puedo intercalarlo... lo lamento... con gritarme no va a lograr nada señor... gracias señor... lo mismo para usted* y la chica cuelga y mira a su compañera mientras levanta los hombros.

Claudio no ha podido evitar una sensación de satisfacción por no encontrarse en el lugar de la persona al otro lado de la línea, aunque lo estuvo tres meses atrás cuando pidió el turno. Pero ahora está aquí. Es como cuando espera el subte en la hora pico y para entrar lo hace a los codazos y pidiendo a los que están adentro que hagan lugar, pero que una vez en el vagón deja de empujar y se da vuelta al grito de *¿no ven que está lleno?*

Claudio se dirige a la chica del teléfono: *Buenas tardes, tengo turno para las tres y media. ¿Nombre? Claudio Loser.* Las chicas se miran y una de ellas, con disimulo, forma una *e* mayúscula con los dedos índice y pulgar de su mano derecha. Ambas sonríen. Claudio percibe el movimiento pero prefiere no llamarle la atención al respecto. *¿Primera vez?* pregunta la chica, *Sí.* La joven le extiende un papel y una lapicera; *Por favor, llene esta ficha para su historial.* Claudio toma el papel y comienza a leer mientras llena los casilleros: Nombre y apellido, número de documento, fecha de nacimiento, domicilio, estado de ánimo; *Perdón señorita ¿Sí? Hay un error en el formulario ¿Dónde? Aquí donde dice “estado de ánimo”, me parece que tiene que decir “estado civil”.* No señor, *está bien así, usted tiene que describir su estado de ánimo actual. ¿Cómo? Que tiene que describir cómo se siente.* Claudio la mira unos segundos y vuelve al formulario, le parece un tanto extraño el dato, pero hace tres meses que espera para que lo atienda el profesional al que uno de sus mejores amigos definió como *el hombre que me sacó de la depresión*, así que piensa un instante y escribe, sin eufemismos, *para la mierda*; devuelve el formulario y se va a sentar en la única silla vacía que queda en el salón.

Una vez sentado, Claudio toma una revista de la pila que está en la mesa ratona. Toma la primera, sin siquiera mirar el título. La abre en la primera página y simula leer, porque lo que en realidad hace es mirar a sus compañeros de espera. Hay siete mujeres y tres hombres, casi todos de una edad que oscila entre los treinta y los cincuenta: *la edad de las decepciones*, piensa, *en esos años se define la vida. Antes todo fue sueños y esfuerzo, y más te vale que hayas logrado algo con lo que conformarte, porque si no lo lograste... pues bien, pedís turno con alguien que promete atender a los espíritus que andan con poca fuerza.* El hecho de que

haya más mujeres que hombres sólo confirma la teoría de Claudio de que las mujeres tienen más huevos al momento de encarar los problemas del alma.

Claudio les mira las caras. Todos están serios y con la mirada perdida; incluso hay dos que parecen hablar solos. De vez en cuando alguno de ellos fija la vista en los demás, como buscando una palabra reconfortante o un gesto solidario. Cuando eso sucede y Claudio intuye que están a punto de mirarlo, aparenta concentrarse en la revista. No tiene la más mínima intención de comunicarse con ninguno de esos perdedores, porque para perdedor le alcanza y le sobra con él mismo.

A medida que las chicas del mostrador llaman por el nombre, las personas ingresan al consultorio. También llegan nuevos pacientes y ocupan las sillas que los que son atendidos van dejando vacías. Claudio, por su parte, ya se siente integrado al melancólico paisaje que forman todos esos seres humanos de expresión triste y hombros caídos.

Al rato, y cuando se acerca el momento de ser atendido, Claudio percibe algo que lo sorprende: ya han entrado las diez personas que estaban antes que él, pero ninguna ha salido. Si bien le resulta posible que la salida sea por otro lado, recuerda con claridad que la entrada del lugar daba directamente al salón con las sillas y el mostrador. Todavía piensa en eso cuando una de las chicas dice *Señor Loser*, y Claudio se incorpora para dirigirse a la doble puerta.

Una vez dentro del consultorio Claudio observa el ámbito: es un cuarto de techos altos con las paredes pintadas en colores pastel. Sobre la derecha hay un mueble marrón de unos tres metros de ancho por dos de alto. Junto al mueble hay un espejo de cuerpo entero. A un costado del espejo hay un perchero del que cuelgan distintos tipos de sombreros. En la pared de la izquierda hay una puerta y,

por la orientación, Claudio establece que da al pasillo de entrada del edificio. Eso explicaría por qué los otros pacientes no volvían a cruzar por la sala de espera. Contra la pared del fondo hay un escritorio donde un hombre escribe en una libreta; cuando Claudio entra, el hombre levanta la vista, sonríe y se incorpora. Claudio se acerca y se estrechan las manos. El hombre señala la silla frente al escritorio y Claudio toma asiento.

Detrás del hombre, Claudio ve dos cuadros colgados en la pared: una reproducción de “El grito”, de Edvard Munch, considerado por muchos como el ejemplo clásico de la representación de la angustia; y el otro, del mismo tamaño y con el mismo tipo de marco, es una fotografía de Macaulay Culkin en la escena de “Mi pobre angelito” donde el actor está gritando frente al espejo con las manos a ambos lados de la cara.

¿... ae... acá... auio? dice el hombre. *¿Perdón? Pregunté que qué lo trae por acá, Claudio. Ah, sí, disculpe, me distraje* dice Claudio mientras señala los cuadros. El hombre gira para mirar las obras y sonríe. *Notable la similitud, ¿no? es para que mis pacientes comprendan que siempre puede haber otra versión de los momentos más terribles. ¿Eso es de Osho?* pregunta Claudio. *Los únicos “oshos” a los que les presto atención están en el campo de golf, mi amigo, y disculpe el mal chiste.* Claudio sonríe, el hombre le cae bien. *Bueno, volvamos a lo nuestro, ¿qué lo trae por aquí? Estoy pasando por un mal momento ¿Desde hace cuánto? Treinta y cinco años.* El hombre ríe, *no sé porque pienso que mas o menos usted anda por esa edad, ¿y cómo llegó a mi consultorio? Me lo recomendó un amigo ¿Quién? Jorge Perdant. Jorge, sí, vino con un trastorno bastante serio, pero por fortuna está avanzando en su recuperación; y dígame Claudio, ¿Jorge le adelantó en qué consiste mi tratamiento? No, cuando le pregunté me dijo que una de las*

condiciones es que no se revele la técnica utilizada. Perfecto, bueno, mire, lo primero que va a hacer es ir hasta ese perchero que está ahí. Tome la galera que está en uno de los ganchos y, por favor, póngasela. Claudio lo hace. Ahora quítese toda la ropa, incluida la ropa interior, menos las medias y los zapatos, y, por favor, déjese la galera en la cabeza.

Claudio mira fijo al hombre; busca percibir algún indicio de que está siendo objeto de una broma, pero el profesional le devuelve la mirada sin ningún atisbo de sorna. *¿Doctor, está seguro? Usted haga lo que le digo.* Claudio se saca la ropa y la deja en el suelo. *Ahora mírese en el espejo y dígame qué ve. ¿Qué le parece que voy a ver doctor?: un tipo en pelotas, con una galera en la cabeza. Bien, ¿y qué siente? Siento que estoy ante una de las imágenes más patéticas que vi en mi vida, lo cual está agravado por el hecho de que la imagen es la mía ¿Se siente ridículo? Ridículo es poco doctor, la verdad, me siento un pelotudo importante. Bien, bien, ahora, por favor, tome el paraguas que está junto al espejo.* Claudio obedece. *Ábralo. Abrir un paraguas dentro de una casa da mala suerte doctor.* El hombre mira a Claudio y entrecierra los ojos: *y usted vino acá porque la buena suerte le sobra ¿verdad?* Claudio abre el paraguas. *¿Usted vio la película “Cantando bajo la lluvia”?* *Doctor, me parece que estamos llegando al límite tolerable* dice Claudio. *Vamos, amigo, ya sabe lo que tiene que hacer ahora, no se resista.* Claudio mira el espejo: ese hombre con pliegues debajo del ombligo, que solo viste una galera y zapatos abotinados con medias marrones, y que blande en su mano izquierda un paraguas abierto se parece mucho a él. Fija la mirada en el pie derecho. Luego de un par de segundos el pie comienza a moverse. Sin levantar el taco del piso la planta del pie se mueve de derecha a izquierda. Claudio levanta la vista y nota que ahora los hombros de la figura del espejo se mueven despacio. Unos segundos

después, esa persona que se parece tanto a Claudio está bailando bajo una lluvia imaginaria, y salta y zapatea, y canta a viva voz una canción que parece decir *“I’m singing in the rain, just singing in the rain, what a beautiful feeling, I’m happy again”*.

Al finalizar la canción, el profesional aplaude, y Claudio, con una sensación que no recuerda haber sentido antes, se reconoce en el hombre del espejo y ambos se unifican para hacer una reverencia. El profesional aún aplaude, pero la euforia de Claudio dura apenas un par de segundos más y entonces recuerda que está desnudo y su sentido del ridículo vuelve a tomar las riendas del asunto. *Fue bueno mientras duró ¿verdad?* dice el profesional. *Tengo que darle la derecha doctor, tal vez sólo por un par de minutos, pero me sentí bien. Perfecto, eso quiere decir que está listo para pasar a la siguiente etapa del tratamiento, vístase por favor.*

Claudio obedece, deja el paraguas y la galera a un lado y vuelve a sentarse frente al escritorio *Doctor, antes de pasar a la siguiente etapa, como usted la llama, me interesa saber la cuestión de sus honorarios; me llamó la atención que ni sus secretarias, ni usted hayan tocado el tema. Muy oportuna su inquietud, mi amigo, pues ese era el asunto que teníamos que tratar a continuación: nuestro sistema se basa en lo que se denomina “autoevaluación” ¿Podría ser más específico doctor? Bien, que nosotros dejamos que los pacientes establezcan hasta qué etapa quieren llegar en el tratamiento, y de acuerdo a eso serán los honorarios ¿Y cuáles son los costos? Bueno, la primera etapa, que usted acaba de finalizar, es sin cargo, vale decir, si se quiere ir ahora, es libre de hacerlo sin ningún tipo de costo ¿Y si quiero seguir?* El hombre mira a Claudio a los ojos: *la segunda etapa cuesta mil quinientos pesos, luego, si quiere continuar, las etapas siguientes cuestan cincuenta pesos cada una. Doctor, esto parece algo así como “la primera te la regalo la segunda te*

la cobro” dice Claudio. No se parece: es, y si bien esa frase suele usarse para narcotraficantes, el principio es el mismo: si está satisfecho con lo que recibió hasta el momento, querrá más ¿Y por qué esa tremenda diferencia entre la etapa dos y las siguientes? pregunta Claudio. Mi amigo, si le explico el tratamiento antes de aplicarlo le aseguro que perderá toda su efectividad, lo sabrá sólo si decide continuar.

Claudio reflexiona: no tiene dudas que haber interpretado “Cantando bajo la lluvia” desnudo frente al espejo lo transportó a un territorio desconocido para él, y si bien la mayoría del tiempo se sintió formando parte del cuadro de honor de los idiotas, hubo un instante en que la tristeza le abrió la puerta a la satisfacción, y si eso era en la etapa sin cargo del tratamiento, bien podía pagar mil quinientos pesos para dejar de ser el empleado del mes en el Mc´Donalds de los deprimidos.

Muy buena decisión, la etapa dos es la bisagra de la cura, si es que tal cosa existe, y es el punto de inflexión en su camino hacia la euforia dice el profesional ¿No será mucho doctor? pregunta Claudio. A las pruebas me remito dice el hombre mientras se incorpora. Claudio lo imita y ambos caminan hasta el espejo. Vuelva a mirarse, Claudio, es importante que mantenga su mente abierta, la depresión ataca sobre todo en soledad, nos llena de tristeza, angustia, inhibición; aparece cuando fracasan las estrategias con relación al otro, nos impide reconocernos en el otro y nos aleja de cualquier actividad lúdica. Doctor, con todo respeto, no le entiendo un carajo. Disculpe, sin querer recité algunos pasajes del trabajo que presenté en el último congreso de la Asociación Argentina de Terapistas No Convencionales, y que di en llamar “Qué depre, loco”, parafraseando a uno de mis pacientes. Sí, bueno, doctor, pero, ¿cuándo empieza la etapa dos? Ya empezó, mírese en el espejo y trate de tocarse la nariz con la lengua mientras con las dos manos tira

hacia abajo los lóbulos de sus orejas ¿Seguimos con el show, doctor? pregunta Claudio, aunque de todas maneras hace lo que se le pide. *Sólo unos minutos más, ahora mueva el cuerpo y la cintura como si estuviese bailando el “hula hula”.* Mientras Claudio se contorsiona, el profesional permanece de pie frente a él, junto al espejo, y lo mira con satisfacción; apoya su mano en el marco y, con un movimiento rápido, desplaza el espejo hacia atrás. Del otro lado hay una habitación donde los pacientes ya atendidos se ríen a carcajadas cómodamente sentados. *Ésta es la etapa dos, mi amigo, ver que siempre puede haber alguien más patético que uno, y, además, compartir con otros la visión de alguien que, a pesar de autotitularse como deprimido, es capaz de bailar desnudo o de hacer muecas frente a un espejo.* Claudio está atónito. Navega entre sensaciones contradictorias que lo hacen dudar entre abrazar al hombre o cagarlo bien a trompadas. *Ahora pase, y tome asiento entre sus compañeros, que ya estoy por atender a otro paciente, si más adelante desea atravesar las otras etapas, me avisa y lo hacemos pasar directamente a esta habitación,* dice el profesional, y cuando Claudio entra en el cuarto, el espejo vuelve a cerrarse.

Mientras busca una silla donde acomodarse, Claudio observa a los demás: aquellos que en la sala de espera estaban serios y con la mirada perdida, ahora lucen contentos y con la cara rozagante, y nadie está hablando solo. Se ubica en la tercera fila entre dos mujeres, y, cuando a través del espejo, ve entrar al consultorio a un hombre bajito, pelado y panzón, Claudio decide que invirtió muy bien su dinero y empieza a reírse.